

Hatfield, Gary, and Holly Pittman (eds.): *Evolution of Mind, Brain, and Culture*. Philadelphia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 2013. 476 pp. ISBN 978-1-934536-49-0. Price: \$ 69.95

“Evolution of Mind, Brain, and Culture” is an edited volume combining fourteen articles from archaeology, cultural and physical anthropology, psychology, philosophy, genetics, neuroscience, and environmental science, all aimed at tackling the questions that surround the development of the human mind, brain, and our unique ability to engage with complex cultural behaviours. As such, this multidisciplinary edited volume is a useful companion for researchers engaging with these complex questions relating to the evolution of our species and our hominin ancestors. There is plenty of food for thought especially in relation to whether you agree or disagree with the arguments that have been presented here. However, regardless of your own opinion, the strength of this volume is in the successful multidisciplinary approach that is presented and linked in a way that gives a cogent and interesting perspective on the development of the human mind, brain, and culture.

The edited volume certainly does justice to the topic of the evolving human mind, brain, and culture, offering plenty of detail in terms of illustrations and data tables accompanied by well written and accessible text. Chapter 1 (Hatfield) provides a useful introduction to the collection of articles held within the volume and carefully outlines the themes and directions that will be explored through each of the different disciplinary approaches. Chapter 2 (Schurr) provides a useful summary of the evolutionary events in modern human evolution, by examining the major changes that occur at genetic, biological, and behavioural levels. Chapter 3 (Hey) gives an excellent account of how genetic research has expanded our capacity to examine the origin of the expanded cognitive abilities seen within our own species. Chapter 4 (Seyfarth and Cheney) sets forth an intriguing notion that – based on primatological data – it is the social realm that drives the development of cognition and complex tool manufacture. Chapter 5 (Chaminade) offers a very useful discussion on the role of mirror neurons, motor resonance, and their potential role in tool making and language development. Chapter 6 (Warneken) looks at the origins of altruistic behaviours that may have arisen before socialisation processes take hold, i.e., they are built upon more natural predispositions found within the primate clade. Chapter 7 (Donald) provides a useful review and reexamination of the mimetic ability of our hominin ancestors which appear to have evolved over a long period of time with an improvement in hominin skill over the last two million years as evidenced through the archaeological record.

Chapter 8 (Gärdenfors) focuses on the idea that language within the hominin lineage arose as a result of coordinating cooperation in future goals setting up an intriguing stage for future discussion and debate on the origins of language. Chapter 9 (Mithen) gives rise to a useful reappraisal of the Cathedral Model and the role of the hypothesis in understanding the development of hominin cognition in light of the recent advances in ar-

chaeological material since the model was first proposed over fourteen years ago. Chapter 10 (Nowell) discusses the link between so-called “Behavioural Modernity,” cognition and when we can see such behaviours appearing within the archaeological record highlighting that the gaps between ourselves and Neanderthals may not be as large as once perceived. Chapter 11 (Richerson and Boyd) highlights how advances in our understanding of palaeoclimate and palaeoecological reconstructions illustrate a difference between Pleistocene and Holocene challenges in regards to human adaptations (technological and behavioural), meaning that models based on Holocene human populations may not be applicable to the Pleistocene. Chapter 12 (Sterelny) provides a good argument for the use of Human Behavioural Ecology models in understanding reconstructing past hominin foraging behaviours with a lens toward optimisation. Chapter 13 (Carruthers) argues for multiple cognitive systems (at least eight) that need to be taken into account when attempting to engage with the question of the evolution and development of the human mind as a distinctive feature of our hominin lineage. Chapter 14 (Chase) presents a compelling argument that the complexities of human culture (and the varying definitions) must be a result of more than a system of social transmission but should also include phenomena that fall outside that process.

This volume takes a multidisciplinary approach to processing and understanding the complex questions and hypotheses that surround the evolution of the human mind, brain, and culture. The arguments are on the whole clearly presented and well structured, and although on the same theme the articles do not always agree with each other. This diversity is something that the editors should be congratulated for and ensures that “Evolution of the Mind, Brain, and Culture” certainly earns a place on the bookshelves of any student of the Palaeolithic.

James Cole

Ingold, Tim: *Making, Anthropology, Archaeology, Art, and Architecture*. London: Routledge, 2013. 163 pp. ISBN 978-0-415-56722-0. Price: £ 22.49

Esta nueva publicación del influyente antropólogo británico Tim Ingold es un libro de lectura no muy densa ni difícil, no es muy extenso y posee una envidiable claridad en sus argumentaciones. Al mismo tiempo, no es un libro que sorprenda demasiado, pues está dedicado más bien a ampliar, por medio de ejemplos provenientes tanto de la antropología como de otras disciplinas, ideas y perspectivas que este autor ha venido desarrollando en varios escritos previos (Ingold, Comment to “Animism Revisited. Personhood, Environment, and Relational Epistemology” by Nurit Bird-David. *Current Anthropology* 40.1999: 81 f.; Being Alive. Essays on Movement, Knowledge, and Description. New York 2011).

En el primer capítulo del libro encontramos la su hipótesis central: que la antropología, como la arqueología, el arte y la arquitectura, bien podrían constituirse en formas de pensar por medio de la práctica. Para Ingold, es justamente esta renuencia a tomar en cuenta esta consideración

habría sido la que, en las instituciones de educación superior, ha sustentado la división tan común entre teóricos y técnicos. Más aún, esta división encerraría un dilema: las condiciones que permiten a los científicos comprender el mundo, al menos oficialmente, son precisamente las que les imposibilita estar en él. Aunque, al inicio encontramos un cierto aire místico (6), este libro contiene también abundantes ejemplos concretos de las consecuencias de esta división entre teoría y práctica. Podemos mencionar aquí al menos dos: la omisión persistente del proceso de producción, en beneficio del objeto ya terminado, en los estudios de cultura material; y la conversión inadvertida del proceso de observación en una mera imagen ya vista en el caso de los estudios de antropología visual. En ambos casos, tan ligados a la antropología, se desdeña, pues, tanto la creatividad del proceso productivo que expresan los artefactos, como las corrientes generativas de sus materiales y la consciencia sensorial de los fabricantes (7).

No es, pues, de sorprender que sea a partir de cuestiones como el tejido de canastas, la fabricación de ladrillos o la hechura de hachas de mano, que Ingold desarrolle aquí muchos de sus argumentos posteriores. Tal procedimiento es, en efecto, consecuente con su propuesta. Y esta es, cambiar la perspectiva de la escritura académica antropológica, actualmente estancada en el interminable ir y venir entre la imagen y el objeto, por otra: la de los flujos materiales y corrientes de consciencia sensorial, donde imágenes y objetos se dan forma recíprocamente (20).

Con igual consecuencia, Ingold ilustra su desacuerdo con las ideas de la necesidad de un diseño y de la prioridad de la imposición de la forma sobre el mundo, a partir de una reflexión sobre los montículos de tierra. ¿Cuál es la naturaleza de los montículos? Son el producto acumulativo de todo tipo de actividades, llevados a cabo en periodo de largo plazo y no solo por seres humanos (78). Son, al mismo tiempo, más artificiales que una montaña, pero más naturales que, por ejemplo, un monumento.

Este es precisamente el punto que interesa al autor, pues la distinción entre natural y artificial (junto con la cuestión de su antigüedad), está sustentada en un axioma que pone en cuestión: el del hilemorfismo de la fabricación o hechura. Esto es, que es la imposición de la forma pura es lo que elevaría una materia, cruda, naturalmente dada, a un estado artificial (81). Por el contrario, para Ingold, los montículos muestran bien cómo nada nunca realmente acaba y nada, en verdad, jamás se origina, sino que se está originando constantemente (81).

Ahora bien, si, por el contrario, queremos acercar la antropología a, por ejemplo, el arte, sería necesario distinguirla con claridad de la etnografía. Así, por un lado, Ingold define la antropología como algo que se lleva a cabo en un proceso vital y que ejerce transformaciones en ese mismo proceso. Por otro lado, los productos de la etnografía serían solo unas descripciones realizadas con un propósito documental: “The objective of ethnography ... is description; that of anthropology, transformation” (129). Así, si consideramos la etnografía como, por ejemplo, un estudio *sobre* un determinado pueblo; la antropología consistiría, entonces, más bien, en estudiar *con* este

pueblo. En definitiva, Ingold propone reemplazar una antropología *de* por una antropología *con* (8). La necesidad de esta distinción radica en que las razones que hacen compatibles las prácticas de la antropología y el arte – que es especulativa, experimental y de carácter abierto –, vuelven, al mismo tiempo, incompatibles la antropología y la etnografía.

Esta distinción que permite asociar la antropología a procesos creativos y transformadores como los del arte, tiene un correlato pedagógico que Ingold hace explícito desde el inicio del libro. Se sostiene allí que la única forma de conocer realmente algo es a través de un proceso de autodescubrimiento, para el cual “aprender a aprender” es crucial. Se trataría, entonces, no de aplicar aquellas preconcepciones que puedan dar una forma prematura a nuestras observaciones, sino de todo lo contrario: de desestabilizarlas. Para Ingold, es, pues, necesario convertir cada certeza en una pregunta (31).

Para retomar la propuesta acerca de cómo ningún diseño debería separarse de la hechura de un objeto, es que Ingold recurre a la arquitectura, cuya distinción frente a la construcción debate. ¿Acaso, se pregunta, las actividades relacionadas con la residencia habitual en un edificio son realmente distintas de aquellas ligadas a su construcción? (47). Tal como lo mostraría el caso de la catedral de Chartres, Ingold sostiene que “the intentionality of skilled practice inheres in the action itself, in its qualities of attentiveness and response, whether or not any prior intentions are affixed to it” (43).

En los dos últimos capítulos del libro, podemos apreciar, por negación, algunos rasgos adicionales de esta antropología que Ingold propugna: el cuestionamiento de herramientas conceptuales tan en boga como *network* o *agency*. El primer concepto es criticado por la temporalidad e inmovilidad que implican. Con respecto al concepto de “agencia,” Ingold arguye que ni las entidades no humanas, ni menos aun los seres humanos, poseen agencia. Por el contrario, ambos, humanos y no-humanos, son poseídos por la acción. Más que una teoría de la agencia, lo que necesitaríamos sería, entonces, una teoría de la vida (97).

El viraje propuesto por Ingold, además, permitiría a los antropólogos liberarse de un dilema cada vez más actual. ¿En efecto, cómo hacer justicia a la riqueza y complejidad de otras cultura, estando, al mismo tiempo, abiertos a una investigación especulativa radical acerca de las potencialidades de la vida humana? Las dos alternativas existentes hasta el presente son, para Ingold, igual de decepcionantes: o abdicar de nuestra responsabilidad de entrar en un diálogo crítico con las grandes cuestiones en un mundo al borde de la catástrofe, o convertir los pueblos que hemos estudiado en meras expresiones de unas filosofías de salvación evidentemente postizas. Esto es, o quedarnos en los márgenes, condenados a una documentación retrospectiva, o alimentar las creencias populares acerca de una supuesta sabiduría tradicional que podría, de alguna manera, salvar el planeta.

Antes de terminar esta reseña, vale la pena notar que el último capítulo discute una curiosa anécdota de Claude Lévi-Strauss (y su mula) durante su estadía entre los Nambikúara, en Brasil. Las consideraciones de Ingold,

puestas aquí en términos de “líneas” (un tema al que ha dedicado, de hecho, un reciente libro suyo), constituyen, en realidad, una toma de posición frente al tipo de antropología propugnado por aquel.

Para concluir, quisiéramos señalar algunas características generales de este libro. Lo primero que llama la atención es, quizá, el tono altamente especulativo de esta obra – visible, por ejemplo, en el recurso frecuente a la etimología. También valdría la pena notar, en segundo lugar, su firme apuesta por la interdisciplinariedad. Este rasgo se entrevé, por ejemplo, en el eclecticismo de sus referencias. Finalmente, quisiéramos añadir que “Making ...” no oculta su nostalgia por aquello que considera que hemos “perdido” (122). Es en este sentido que, aludiendo de nuevo a la anécdota sobre Lévi-Strauss, Tim Ingold, el antropólogo el profeta, concluye afirmando – en un gesto de libertad – que, felizmente, todo verdadero académico, en el fondo, es o debería ser como una mula (141).

Juan J. Rivera Andía

Insoll, Timothy, Rachel MacLean, and Benjamin Kankpeyeng (eds.): *Temporalising Anthropology. Archaeology in the Talensi Tong Hills, Northern Ghana*. Frankfurt: Africa Magna Verlag, 2013. 270 pp. Photos. ISBN 978-3-937248-35-6. (Journal of African Archaeology Monograph Series, 10) Price: € 44.00

A student trolling the library shelves for inspiration (if any of them still do that) could be forgiven for bypassing “Temporalising Anthropology.” With its somewhat ambiguous title, whisper thin introduction, and thick descriptive chapters named for archaeological methods and materials, it bears all the hallmarks of a bland site report from a remote part of Africa. To overlook this book, however, is to miss the opportunity to explore one of the world’s truly remarkable landscapes and cosmologies through a multiplicity of temporal lenses. The book should be read not just by people who are interested in this part of the world or African ritual and religion, but also by those who seek to understand how to incorporate ethnographic, historical, and archaeological research with concerns for the future of the communities under study.

The research aims of the project, dispatched in two paragraphs, were to fill in some chronological gaps in the archaeology of West Africa, and understand and document the materiality of Talensi religion. The Talensi people were intensively studied in the 1930s and 1940s by Meyer Fortes who was an important figure in the structural-functional approach to anthropology. As such the Talensi loom large in the annals of anthropology, but have not been paid very much attention since. The ethnography produced by Fortes as with most ethnographies of its time, was little concerned with the history of the Talensi or their dynamic relationship with the modern world. Insoll, MacLean, and Kankpeyeng were interested in contextualizing Talensi life within its wider temporal contexts by conducting archaeological research, analyzing historical and early ethnographic documents, and participating with the contemporary community in documenting the modern landscape and helping to preserve it as a heri-

tage site. They worked with an international team of students and scholars who co-authored or wrote many of the book’s eleven chapters and nine appendices.

The first seven chapters of the book following the “Introduction” thoroughly document the survey, excavations, and analysis of the materials. All chapters are lavishly illustrated with line drawings, maps, and photographs, and they present a large quantity of data in well organized tables and graphs. Many of the appendices give the results of petrographic and chemical analyses of archaeological materials. In this respect the book does everything a site report is expected to do by presenting information in such a way that it can readily be compared to other sites in the region. Unlike standard site reports, however, each chapter is thoroughly informed through consultation with community members at all levels of society. Their historical narratives and current practices show points of convergence and divergence with documents and archaeological data and it is in explaining these similarities and differences that a dynamic history emerges.

Chapters three and nine are about the shrines that are the focus and material manifestation of much of Talensi religion. Chapter three is a survey of the shrines that documents their location, appearance, contents, and purposes. Most of these shrines are actively being used, but those that are no longer active are often recognizable by characteristic arrangements of stones and other materials. In chapter nine, Insoll analyzes medicine shrines, associated broadly with health and well-being by documenting their associated materials and practices. Some of the most powerful medicinal shrines are “franchised” and pieces from them may be found in many of the surrounding communities, often at great distance from their original sources.

Chapter ten, on “Heritage Management,” highlights the importance of having communities involved in planning their own futures, and the paradoxes that emerge from the competing desires to receive money from tourism without compromising the traditions that make the community attractive to tourists.

Insoll, MacLean, and Kankpeyeng do not refer to their work as “ethnoarchaeology,” a term that has become laden with unfortunate meanings and misunderstandings. Yet their work is ethnoarchaeological in the sense that they investigate living peoples and their practices to address archaeological questions. No matter what it is called, this book is an excellent example of how archaeology, history, ethnography, and material culture studies can be engaged to give a multidimensional and dynamic picture of a community. Data-rich, thought-provoking, and beautifully produced “Temporalising Anthropology” is another great product from “The Journal of African Archaeology’s Monograph Series.”

Joanna Casey

Jong, Edwin de: *Making a Living between Crises and Ceremonies in Tana Toraja. The Practice of Everyday Life of a South Sulawesi Highland Community in Indonesia*. Leiden: Brill, 2013. 332 pp. ISBN 978-90-04-25240-0. (Verhandelingen van het Koninklijk Instituut voor Taal-, Land- en Volkenkunde, 284) Price: € 89.00